PARA SER FELIZ

Una de las más importantes revistas francesas ha abierto un concurso preguntando á todos los intelectuales del mundo: «¿Qué cualidad necesita la mujer para ser dichosa?» Como siempre las opiniones son muy varias, los escritores no se han puesto de acuerdo, y el periódico se ha visto obligado á recurrir á la información pública, al espíritu popular, al que podemos llamar instinto de la masa.

Las mujeres han dejado hablar sus corazones, quedando demostrado que en todos estos asuntos no puede darse una norma para ajustar sentimientos y temperamentos múltiples á un patrón común. La felicidad no se alcanza por una cualidad que sirva colectivamente, ha de ser distinta para cada grupo de individuos.

Pero el concurso ha dado origen á estudios y á frases ingeniosas, que merecen conocerse.

De nuestros compatriotas:

Nuestro gran novelista Pérez Galdós cree que «las cualidades que hecen á una mujer dichosa, son las que reflejan, completan y suplen las del hombre.»

La condesa de Pardo Bazán escribe con melancólica experiencia:

«Si yo supiese qué cualidades aseguran la felicidad de una mujer, me consagraría á adquirirlas; pero ignoro cuáles son esas cualidades. Existen muchas muy estimables que no contribuyen á la felicidad.

»En España se dice con frecuencia: «¡Ay infeliz de la que nace hermosa!» Además, la dicha es cosa relativa y discutible; algunas veces se apoya sobre defectos ó sobre las cualidades más inferiores. ¿Cómo? No sé.»

Blasco Ibáñez afirma con su noble sinceridad:

«Yo creo que las cualidades más á propósito para asegurar la felicidad de una mujer, son las que le permiten ser amada.

»El amor es el *estado de ilusión* que nos ayuda á soportar las tristezas de la vida.

»Para iluminar la monotonía de la existencia cuotidiana, tenemos necesidad de engañarnos á nosotros mismos; y de todas las mentiras, el amor es la más encantadora.»

Después siguen opiniones de escritores franceses, noruegos, ingleses é italianos.

Paul Bourget y H. Bordeaux, creen que la mejor cualidad es *el espíritu de adaptación;* Grazia Deledda, opina que *la inteligencia;* María Ana Bonet, *la energía;* M. de Berason, «la actividad y el placer de poner en juego la de las demás.»

Miguel Carday cree, «que la primera cualidad para contribuir á la felicidad de una mujer, es la buena salud.» Y á propósito de su afirmación escribe estos bellos pensamientos: «El mal estado del organismo se refleja singularmente sobre el espíritu. Cuando no se conoce la enfermedad frecuente, la inquietud del sufrimiento, el mal humor, la tiranía de la idea fija, los peligros de la impulsión, en una palabra, cuando se goza de un bello y perfecto equilibrio, se tiene la primera condición de felicidad. Cuando se es víctima de un estado mórbido, todos los que nos rodean sufren igualmente; no olvidemos que para ser feliz es preciso hacer dichosos á los demás; se recibe el reflejo de la felicidad que se da. Así, pues, como segunda cualidad, se necesita la bondad; no por debilidad inerte y muelle, sino por una inteligencia lucida. La bondad es hermana de la ternura. La facultad de amar es más rara de lo que se cree y la suple la ternura profunda en sus raíces y diversa en sus floraciones; de ella irradian el amor, la maternidad, la amistad, el altruismo. Es el perfume de la vida.»

M. de Castelnuovo y Paul Margueritte confiesan con desconsolador excepticismo que: «Hay muchas mujeres de facultades bien equilibradas, francas, leales, virtuosas, que no fueron felices jamás.»

Mauricio Maindrou, el novelista de Saint Cendre, da una respuesta llena de profundidad. «Las mujeres modernas, dice, buscan la felicidad en las satisfacciones de la ambición ó en afirmar su independencia; pero sólo pueden hallarla en su papel de esposas y madres.

»Ni el doctorado, ni los derechos políticos, ni el feminismo, cambiarán su sexo. Quieren usurpar las funciones del hombre y olvidan que cuando las trataba lo mismo que á él, en las sociedades bárbaras, fueron condenadas á los más rudos trabajos. En las grandes asociaciones de animales superiores, como las abejas y las hormigas, sólo trabajan las hembras estériles.»

Jules Rosi, autor de *l' Eve future,* quiere «que las mujeres conserven las dulces virtudes del pasado y las fuerzas de lo porvenir.»

Y por último, la adorable pensadora sueca Ellen Key, con su ternura inmensa, cree que la felicidad estriba en *el don de amar.* «Si la naturaleza niega á una mujer el don de amar, dice, no hay felicidad posible para ella, y si esta facultad es extremada, puede afirmarse que será infeliz. Puede hallarse la felicidad amando las cosas humildes de la vida vulgar, soportando en silencio los propios sufrimientos para pensar sólo en la dicha de los demás.»

En cuanto á mí, mi opinión sincera ha coincidido con la de la gran Ellen Key y con la de Blasco Ibáñez.

Creo que la felicidad consiste *en ser amada y amar.* Sin la conjunción de los dos sentimientos la dicha es imposible.

Ser amada sin amar, será acaso un placer de egoístas, de coquetas, que acaba por cansarlas. Es triste ó aburrido ver el sufrimiento de un amor sincero que no se puede compartir ó escuchar la vulgaridad de los afectos que se inspiran.

Amar sin ser amada, es preferible á mi entender; las penas de amor tienen la voluptuosidad del sentimiento.

Yo no concibo el infierno más que cuando se define diciendo «que es un lugar en donde no se ama.» ¡Oh! ¡Qué triste será llevar un infierno en el corazón! ¡Bendigamos al amor que trocó en lugar de delicias los antros de sombra con el beso enamorado y eternal de Franchesca y Paolo.

COLOMBINE

UN NOVELISTA ALEMÁN

Acaba de celebrar su jubileo de cincuenta años de actividad de novelista, el autor de *Naturalezas Problemáticas* y cien otras novelas, Federico Spielhagen, el Nestor de los escritores alemanes.

Es el Pérez Galdós de Alemania, que ha descrito toda aquella época del Imperio, de 1848 hasta ahora, que representa la gloria de la nación alemana, como la Guerra de Independencia la de España.

Difícil es presentar los tipos representativos de todo un pueblo y más aún en épocas de lucha donde las tendencias encontradas que se combaten parecen hacer imposible la unidad de la representación. Spielhagen ha sabido poner en relieve la figura brillante del aristócrata alemán, el *Junker,* que defiende la monarquía contra las barricadas de la demagogia de obreros, estudiantes y los desequilibrados de todas las profesiones, que se personifica en un Bismarck y que después conquista como oficial del ejército las victorias de Gravelotte, Sedan Metz y París, para fundar «por el hierro y la sangre» la unidad y grandeza del imperio de los Hohenzollern.

Infinita delicadeza desarrolla el artista al describir en «La Arriada» *(Sturmfluth),* á este mismo aristócrata en conflicto con las tentaciones de la riqueza improvisada en la Bolsa y en empresas industriales de acciones donde el nombre venerado de antigua alcurnia atrae á los pequeños capitalistas para sacrificar sus ahorros en aventuras desesperadas.

¿Cómo resistir á esta avalancha de oro rodeado de mil miserias anejas á los escasos sueldos oficiales?

Allí vemos la figura de granito del anciano Windhorst, la «perla de Meppen» como llamó Bismarck al célebre jefe del partido católico del Reichstag, oponiendo su honradez contra la tempestad que debía concluir con el *Krach* de 1873 que sepultó miles de empresas colosales en el abismo y cavó la tumba á miles de víctimas; y por encima de todos se levanta la noble personalidad del heróico general von Werner, quien envía á su propio hijo la pistola para suicidarse porque así lo exige el rígido código de honor del oficial prusiano.

Finísimas son las observaciones del autor sobre caracteres, literatura, arte y problemas de todas clases; es un compendio de conocimientos, una verdadera filosofía de mundología y celebro mucho que un distinguido escritor español haya empezado á traducir sus obras en castellano. Son ciertamente las más universales, y por ende mejor comprensibles en España, que las de Paul Heise, Carl Gutzkow y Gustavo Freytag, los novelistas monumentales de la Alemania de hoy y que bien merecen la popularidad entre nosotros como la han alcanzado los novelistas ingleses Bulwer, Dickens y la Elliot, sin mencionar á los autores del *bluff* que nos deleitan momentáneamente por sus extravagancias, pero que carecen de valor artístico sólido.

«Para el artista se confunde el mundo con su obra, dice Spielhagen, y por esto es capaz de crear mundos; vive y sueña en su obra como abeja que trabaja porque á ello la obliga una fuerza misteriosa interna. No se distrae y á veces es por esto limitado en otras cosas; es monoteista, no tiene más que un dios: su arte.»

Encantadora es la historia del escultor Andrés, pseudónimo del célebre Begas al parecer, que es al fin vencido por el amor contra cuyo imperio había hablado tanto, en la persona de uno de estos tipos encantadores de ingenuidad y alegría femeninas de los cuales se enamoran los hombres más serios, porque traen á su hogar sombrío y solitario un baño de alegría y un rayo de felicidad.

Al italiano Girardi, al acabado diplomático de la Roma papal, dice Windhorst con fina sonrisa: «no debe usted creer que somos todavía los honrados bárbaros de Tácito; desde entonces hemos aprendido mucho.»

Bismarck y su obra es juzgada con una crítica elevada é independiente de todo patriotismo vulgar: «siento que se haya debido servir de medios y de hombres cuyo contacto le ha rebajado de su altura moral y que á él mismo le habrá parecido odioso. De ahí esta desgracia de la inmoralidad inmensa que nos ha caído como maldición de los millones de indemnización de la guerra.»

Y el héroe de las barricadas de 1848 donde se pusieron los fundamentos de la grandeza germánica, añade: «aún duerme el emperador Barba Roja en la montaña de Kiffhanser, porque la unidad no es todavía completa, pero ¿es sólo el constructor del palacio de la grandeza de Germania aquel que ha dado las últimas paletadas?, ¿no son sus arquitectos todos los que hemos cooperado en la gran obra?»

Con voz de trueno añade el entusiasta de la Confederación Germánica libre y republicana donde puedan entrar Suiza y Austria: «¿y quién ha dicho la insensata frase de que la fuerza priva sobre el derecho? ¿No es Bismarck quien ha arrojado al mundo la locura de las conquistas, la admiración de la fuerza victoriosa? Y ¿no es él responsable si esta fuerza se rebela ahora contra el estado social por medio de los batallones proletarios del socialismo?»

Curioso es que el pensador proteste contra la «desvergonzada sensualidad que busca una válvula» en la música de Ricardo Wagner y cuyos acordes reflejan los groseros esplendores del oro, símbolo de la brutalidad que ha vencido á la Alemania de los Schiller, Goethe, Bethoven y Heine de antaño, que carecía de los reflejos de la gloria guerrera, pero que era más amada y admirada por propios y extraños.

«Un pueblo no puede á la larga bailar alrededor del becerro de oro: se hunde en la oleada de sus pecados ó se agarra á la roca granítica de las virtudes cívicas. Quiera Dios que mi pueblo tenga fuerza para esto: hay momentos en que desespero.»

ERNESTO BARK